

Iannis Ritsos: escribir con la bayoneta en el costado

Entrevista con Marco Antonio Campos

A menudo, el primer contacto que suele tener un lector extranjero con la poesía de Iannis Ritsos, es a través de la admirable música de Mikis Theodorakis. Una primera vía que conduce a una amplia revelación. De "Epitafio", "Romiosini" y "Canciones de la patria amarga" se pasa a poemas conmovedores o patéticos como "La canción de mi hermana", "Sonata de la primavera", "Carta a Joliot Curie", "Sonata claro de luna" y tantos y asombrosos poemas breves.

Como Neruda, como Alberti, Ritsos buscó con alguna frecuencia que los otros hablaran en su poesía y que el yo fuera un múltiple nosotros. En su amplia obra (abarca aproximadamente 100 libros de poesía) conviven diversas medidas, tonos, cadencias, temas, intenciones.

Leer a Palamás, a Kazantzakis, a Cavafis, a Seferis, a Ritsos, a Elytis, a Patrikios, tiene una consecuencia positiva: no se pueden ver la vida ni la poesía del mismo modo. Esta poesía —como la misma Grecia— tiene el extraño milagro de ser a la vez joven y eterna. Se conjuntan en ella, viva e intensamente, historia y vida cotidiana. Cada cosa en Grecia es una posibilidad artística infinita.

La entrevista fue realizada la mañana del 11 de julio de 1989 en la casa de Ritsos, en Karlovassi, Samos. Agradezco al poeta Hugo Gutiérrez Vega, embajador de México en Grecia, los buenos oficios para que pudiese ser hecha. (MAC)

Hablemos de su más lejana infancia y de su encuentro con la poesía.

Quisiera decirle antes que no me gustan las entrevistas, sobre todo cuando son grabadas, pues dan un tono que no es natural a la conversación. Eso me molesta mucho, pues se busca ser sincero sin lograrlo. Lo más sincero que hay en nosotros se halla en nuestra poesía. En ella hay una sinceridad y una pureza plenas. Están todos los elementos autobiográficos, estéticos, filosóficos. Mi simpatía por su país me ha hecho dar la entrevista.

Empecemos, entonces.

Mi más lejana infancia fue tan dichosa que no me es posible analizarla. Hay fantasías, sueños, deseos, nostalgias. Todo el mundo está encerrado en un pequeño círculo, y a causa de esta cerrazón, hay

una intensidad poderosa. Mi familia era muy rica. Había grandes posibilidades. Estudiaba música, sabía leer francés, comencé a aprender alemán (que olvidé a causa del rechazo y la repugnancia que me causó la ocupación en la última gran guerra). Después la familia perdió todo. Se perdió también mi madre, y a los tres meses, murió un hermano mayor. A los 16 años padecí una tuberculosis. Pasé años difíciles en sanatorios. A causa de eso conocí desde temprano una honda experiencia de la vida y la muerte. Pero al mismo tuve la ocasión de liberarme de preocupaciones inútiles. La enfermedad me dio una enseñanza de totalidad: yo estaba conmigo mismo, y al mismo tiempo estaba fuera y dentro de todos. Comprendí a profundidad lo que es la soledad y la comunión. Uno, a pesar del contacto numeroso con todos, guarda su soledad sagrada, y a través de esta soledad

personal, puede encontrarse con la soledad de los demás, que representa una comunicación más profunda con el mundo. Mientras los demás se preocupaban por la carrera, el amor, el éxito o la fama, yo luchaba a cada instante con la muerte. Me repetía: "Hay que vivir, se debe vivir". Todo esto lo afronté en mi primera juventud. Encontré abrigo en la poesía. Busqué todo en la poesía y todo recibí de ella. Por eso mi obra es tan amplia.

¿Cómo era el paisaje griego en esa clara infancia?

Yo nací en una isla: Monemvasía. Es una isla rocosa, dura, severa. Su fundamento: "las rocas sobre las rocas". Ha sido el abrigo de piedra con el que me he vestido por todo el mundo. En ella había simultáneamente esta estabilidad y la inmensidad y la fluidez del mar: la firmeza

y el infinito. Viví en el primer día de la creación en aquella mi pequeña infancia.

En Monemvasía la comunicación es múltiple en la vida cotidiana: todos se conocen y se tratan: ricos y pobres, pescadores y dueños de la tierra. No hay separación de clases. Por eso son tan honradas las relaciones humanas. Los niños de grandes familias de la ciudad no tienen la ocasión de conquistar esta sensación de la unidad del mundo.

¿Es distinta la visión del mundo de un griego de las islas a la de un griego del continente?

No podría compararlas ni confrontarlas. Podría dar mi experiencia. Como enfermo viví también en la montaña, y hallé la belleza. No hay cosas bellas ni feas; la belleza está en la vida y se halla en todas partes. Hay sol, mar, bosque, mariposas, pájaros, flores. Se necesita ser ciego para no verlo. El deber del poeta es mostrar y subrayar el valor de la vida para hallarnos en algún instante de nuestra vida, y decir: "Valió la pena haber vivido". Dar al lector esta sensación y este sentimiento de que la vida vale la pena y debe vivírsele. Él debe descubrir la cosas insólitas y ocultas de los hechos del mundo e iluminarlas en sus versos: "Eso es bello... eso es bello..." Una antología de belleza. En el amor hay instantes maravillosos y exaltantes, pero también difíciles y oscuros. Cuando el amor pasa la gente recuerda los malos pero no los bellos momentos. El poeta debe recuperar lo bello. Pasé numerosas noches de mi vida en prisión, o torturado, o exiliado, y creo aún que la vida es bella.

¿Cómo eran sus padres?

Mi padre fue un hombre rico. Era un hombre de hierro, arrogante, duro. Y mi madre era extremadamente sensible, muy culta, llena de amor hacia todo. Esa relación suya con todo el mundo, con los pobres y humillados, era de igual a igual. Desde nuestra pequeña infancia aprendimos a buscar esta perfección y a amar a los expulsados de la tierra. En 1917, cuando acaeció la Revolución de octubre, mi madre dijo: "Los bolcheviques van a dar una solución justa a los problemas de la humanidad". Y el aprendizaje de jus-

ticia y humanidad lo seguí aprendiendo, sobre todo en los sanatorios.

¿Y su hermana? Hay en su lírica instantes dramáticos recordándola.

Estábamos muy unidos. Era un año mayor que yo. Habíamos hecho juntos los estudios de primaria, secundaria y preparatoria. Desgraciadamente sufrió un *shock*, enloqueció y fue encerrada en una clínica psiquiátrica. En 1937 escribí "La canción de mi hermana". Enloqueció después mi padre. Fue una honda tragedia ver a dos personas tan queridas y cercanas casi perdidas. En su grito reconocí todos los dramas de la vida, y al mismo tiempo, esta infinidad de sentimientos que contiene cada persona. Reaccioné ante este hecho doloroso con horror y admiración. Por eso a veces pienso y escribo por la dimensión del deslumbramiento.

"La sinfonía de la primavera" está llena de perfiles nobles.

"La sinfonía de la primavera" fue una gran respiración, porque nació de un tocamiento profundo del amor. El amor es la gran justificación de la vida. No puedo imaginar una vida sin amor.

Un griego, como decía de alguna forma Henry Miller, aventaja a los demás de los países occidentales. Decir Grecia no necesita justificarse como cuando hablamos en un poema de México, Francia o Italia. Es la diferencia entre la tradición y el nacionalismo. ¿Qué es Grecia para usted?

El espíritu griego, desde la antigüedad, es el humanismo. Es la filosofía de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, de Plotino... Piense en Homero o en los grandes trágicos: el modelo no es la nación, sino la humanidad. Por eso Esquilo puede escribir *Los persas*, utilizando el punto de vista de Darío. Lo que hay de humanidad en Occidente es el carácter griego. No en balde la mitología de los antiguos griegos mostraba la divinidad del mundo; no en balde hay aún hoy una correspondencia entre la poesía griega y el mundo.

¿Usted cree que el humanismo sea el signo de nuestro siglo? Yo no lo creo.

Un puñado de hombres trata de salvarlo. Aun en la política hay una inclinación mayor hacia los tecnócratas.

Yo creo que progresamos hacia el porvenir reconquistando el pasado y teniendo el presente como centro. El futurismo apostaba por el porvenir; hoy decimos: todo para todos. Todo por toda la historia, y no sólo la historia griega. Debemos tener una conciencia sin tregua del pasado y del presente para ensanchar la tierra del porvenir. Nosotros, los mortales, somos una parte de la inmortalidad y luchamos por la inmortalidad de cada uno de nosotros. Por eso esta alegría que ganamos cantando para que quede algo de lo que pasa y se pierde. Los hombres suelen ser desdichados; démosles algo de gozo, de salidas, de perspectivas. Hay que luchar para que triunfen el amor de un hombre y una mujer, la voluptuosidad, el deleite, la amistad, las cosas sencillas...

¿Cuál es el paisaje griego que prefiere?

Todos los paisajes. Amo al mar más que a nada, pero amo también la montaña, los bosques, los animales, los pájaros, las mariposas. Lo más pequeño y lo más grande. Con familiaridad los más grandes son como los más pequeños.

Lo que me ha emocionado hasta hacer crecer el árbol del alma es cómo el gran arte griego (pensemos en Ictino —la arquitectura—, en Fidias —la escultura—, en Tucídides —la historia—, en Sófocles —el teatro—) se hace con tan parvas materias. Unas cuantas piezas escuetas y sencillas que hallan la luz y el equilibrio que anhelan la eternidad.

Hay muchas cosas pequeñas que dan una imagen maravillosa de grandeza. Un escabel, por ejemplo, o una silla, tienen, en sus pequeños detalles, una atmósfera grandiosa y familiar. Esta familiaridad, como un milagro cotidiano que pasa, es necesario detenerse a verla. Recuerdo ahora un pasaje de *La madre*, de Gorki. Una persona visita el consultorio de un médico, se sienta y abre un libro que tiene múltiples imágenes de mariposas. Se admira grandemente y dice: "Todas estas cosas maravillosas pasaban delante de mis ojos y no las veía." La función o ta-

rea del poeta es abrirle los ojos a los otros para que vean el milagro diario del mundo que sucede.

En un poema, "Mujeres", usted elogia también los hechos sencillos y grandes. Un homenaje a ellas y un elogio a la vida simple.

Sí.

**¿Quiénes fueron sus influencias?
¿Maiakovski?**

Escribí un ensayo sobre Maiakovski. Mis ideas sobre él están allí. Lo estimo como poeta, si bien hay cosas que no acepto ya. No acepto un futurismo que desaparece la historia y hace que ésta empiece con ellos. Vida e historia son una continuidad; es inaceptable tan desproporcionado egoísmo.

¿Qué poetas fueron importantes en su formación?

Mi vida misma, y por otro lado, toda la poesía. La medida de mi verso se la debo al mar. He aprendido mucho del mar y sigo aprendiendo de él. En el mar hallo múltiples cosas que corresponden a mis sentimientos. Y aprendo también a diario del pueblo. El pueblo tiene un modo de hablar que, desdichadamente, sabios y cultos desconocen. Es necesario utilizar con precisión el verbo. Por ejemplo: un hombre de ciencias o de letras cuando empieza a escribir y a describir su día, dice: "Me desperté a las siete de la mañana. Abrí la ventana y vi el sol. Era un día hermoso. Vi a un vecino, lo saludé y conversé unos momentos con él". Es un verbo inmóvil. El yo se petrifica. En cambio una mujer del pueblo dice: "Me desperté muy temprano en la mañana. Abrí la ventana, y ¡Oh, qué día! ¡Allá está mi vecina! ¿Cómo estás? ¿Qué haces?" Es un diálogo vivo. Todos los días aprendo del pueblo.

Su popularidad empezó con *Epitafio* (1936), que fue un acontecimiento poético y político. Aun Metaxás mandó quemar parte de la edición frente a la puerta de Adriano.

En mayo de 1936 hubo una huelga de trabajadores en Tesalónica. Vi en un dia-

rio una madre arrodillada ante el cuerpo inerte de su hijo. En Grecia hay una tradición en poesía de lamentaciones en que las mujeres lloran e improvisan haciendo el elogio del muerto. Pensemos en los *mani* del Peloponeso, por ejemplo. El contacto con la poesía popular y el hecho dramático de la muerte del joven en la calle, me orilló a escribir el poema durante dos rápidos días con sus noches, sin comer ni dormir.

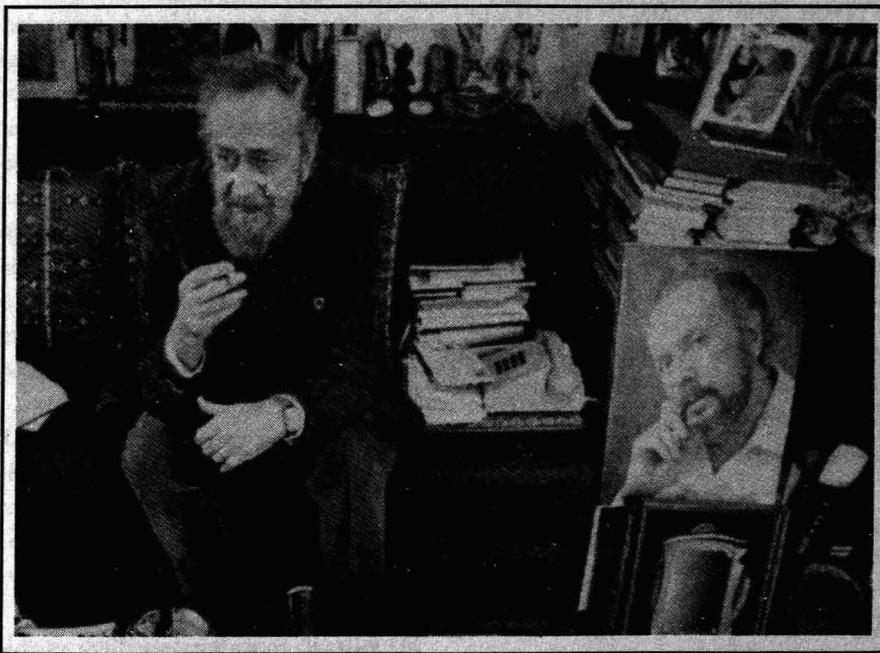
¿Cuál fue la respuesta inmediata?

En ese tiempo la circulación de libros era muy restringida. Por ejemplo, Kostis Palamás, el patriarca de nuestra poesía moderna, hacía tirajes de sus libros de entre 500 y 1000 ejemplares. *Epitafio* tuvo un tiraje de 10 000 ejemplares. Editó el libro *Rizopastis*, el diario del Partido Comunista Griego. En dos meses quedaban

co y al libre. Prefiero más el libre, porque la poesía con él toma un carácter más internacional. La poesía clásica es difícil de ser traducida a otras lenguas. Ritmos, cadencias, rimas, no eran cosas decorativas en la poesía de los tiempos antiguos, pero ahora un poeta se ha librado de ese lazo y halla una expresión más inmediata y directa, y por tanto, más traducible. Por eso el verso libre tiene una influencia más inmediata en otros países. Puede ser traducido sin mucha traición.

¿El verso más natural en usted es el verso libre?

Sí, pero debo decirle que en tiempos de dificultad política me he vuelto a las formas tradicionales, que, en ese momento, se vuelven más progresistas. La poesía se convierte en un arma para denunciar los crímenes. En los años de la dictadura de



Ritsos en su casa de Atenas, 1987

sólo 200 libros. El dictador Metaxás sólo recogió ese tiraje, que se quemó frente a la puerta de Adriano. Fue un acto puramente simbólico.

¿Y Iannis Ritsos cómo reaccionó ante esto?

Fue una historia; mi propia historia era la de los trabajadores huelguistas.

En sus inicios su poesía tendía más a un verso de amplia respiración.

Del verso clásico he pasado al verso blan-

los coroneles utilicé formas populares para escribir "Canciones de la patria amarga". Cuando la ocupación de Chipre escribí "Himno y lamentación por Chipre" en dísticos rimados. Por demás, para un músico (recordemos a Theodorakis) es más fácil volver música las formas poéticas tradicionales. Él ha convertido en música "Epitafio", "Canciones de la patria amarga" (están dedicadas a él), "Romiosini", que es la que me gusta más. Ha sido donde mejor ha unido él poesía moderna y música popular. Hay una magnífica integración.

Yo creo que es esencial en poesía la música. ¿Usted ha integrado la música a su poesía?

Las raíces de todas las artes son las mismas. La poesía contiene mucho de pintura (imagen), de música (ritmos), de escultura (la contemplación completa), de la arquitectura (la construcción del poema). De todas las artes hay elementos en la poesía. Cuando era niño hacía música y aún hoy pinto. He aprendido de todas las artes.

En Grecia la poesía kléftica (poesía popular) es una gran tradición a la vez secreta y abierta.

Oía las canciones desde muy niño en las fiestas nacionales de voz de los campesinos. Antes de aprender las leyes de la poesía conocía muy bien el metro de 15 sílabas, que es el metro característico de la poesía popular. Antes de saber lo que era un anapesto o un dactílico tenía en los oídos ese sonido.

Se ha tocado ya el tema político. Se le ha visto a usted con cierta frecuencia como un poeta político.

Mis relaciones con la política han sido a la vez muy cercanas y muy distantes. Yo no soy político y no me habría gustado serlo. Pero de un modo fatal estuve siempre presente en cada acontecimiento importante participando con toda mi esperanza y todo mi espíritu. Pero no me gustaría por nada estar en el Parlamento, por caso.

Usted ha sido testigo importante por más de 50 años de la historia de su país y del mundo...

Representé un gran rol en mi vida y en mi poesía. Fue enteramente natural. Si representé ese rol en nuestra vida se representa también en nuestro arte.

Ha vivido varias dictaduras. ¿Cuál fue la peor?

Todas las dictaduras son crueles. Depende de nosotros cómo enfrentarlas. No hay que olvidar el amor en esos tiempos; no aceptar que no podemos hacer nada, no; podemos hacer algo aun cuando seamos

esclavos. Podemos resistir. Recuerdo los días en el campo de concentración en la última dictadura; no podía expresarme: no tenía libros ni papel ni podía escribir cartas ni recibirlas. No podíamos comunicarnos los presos entre nosotros. ¿Qué hice? Me puse a dibujar y a escribir sobre las piedras, pero no haciendo nunca imágenes de tortura o de esclavitud; los dibujos eran de objetos hermosos. A pesar de la esclavitud había belleza, esperanza, amor. El cuerpo humano contiene toda la divinidad.

En suma, Ritsos, ¿se considera o no un poeta político?

No comprendo muy bien eso. No me explico por qué deban encasillarme así. Yo me he sentido en mis ideas totalmente libre. Yo no he permitido que se me diga: "Ritsos: haz eso o di eso". He hecho siempre lo que creí conveniente. Mi necesidad ha correspondido a la necesidad de los demás. No doy órdenes ni acepto las de los otros. He escrito también poemas de circunstancia. Cuando ha habido un hecho especial —como en el caso de "Epitafio"— no se me dijo: "Haz eso". No: Ha sido mi necesidad que en ese momento se correspondía con la de los otros. He escrito, cierto, poemas políticos, pero era porque en ese momento se imponían. Era el momento histórico de hacerlos.

Usted fue estalinista. ¿Stalin se equivocó?

No hablemos de eso.

Me gustaría que ahora me diera su opinión y me hablara un poco de poetas griegos modernos que son menos o más conocidos en nuestros países. Podríamos empezar con Kostis Palamás.

Me gustan de él muchas cosas. Para su tiempo fue un gran poeta internacional. Pero debe pensarse *en su tiempo* para dar la dimensión amplia de su valor. Era el movimiento romántico. Victor Hugo era entonces el dios de los poetas y Nietzsche le abría las venas al mundo. Había esas influencias y flotaba una atmósfera especial. Palamás me ha enseñado mucho. Escribí poemas épicos y líricos notables.

Sé de memoria muchos de sus poemas. Fue un Goethe helénico.

¿Y Ángel Sikelianós?

Grandilocuente, pero también un gran poeta. El contacto con la naturaleza no es usual encontrarlo como en él en la poesía moderna mundial. Una poesía llena de sensaciones. Cuando describía la forma de mirar de un león, sólo él podía hacerlo de una forma tan asombrosa. Desdichadamente en la última época se perdió enteramente. Sí, lo conocí. Era arrogante, gallardo, posaba como un dios, pero era físicamente natural en él. Se sentía como en un trono. Ego, ego. Un gran personaje, él, Sikelianós.

¿Y Kazantzakis?

Más como novelista y pensador que como poeta. Era un espíritu angustiado e inquieto, pero su poesía no es de vuelo. No ha tenido ninguna influencia en la poesía griega. Ninguna. Como personalidad dejó gran huella en su actitud y su conducta ascéticas. Menos en Grecia que en el exterior. Aquí no dejó huella. En su poesía Kazantzakis utilizó el metro de quince sílabas y el hexámetro dactílico y los puso en yambos. Eso es algo artificial en la técnica y no corresponde a la respiración del verso griego.

Me gustan sus novelas: *Cristo de nuevo crucificado*, *Zorba*... No lo conocí personalmente, pero tenía fama de ser muy educado y fino. Si se le enviaba un libro, así se lo enviaba el más insignificante poeta, contestaba al menos cinco o seis palabras.

¿Y Cavafis?

Fue un hombre muy alejado de todos. De la poesía inglesa fueron sus principales lecturas. Conoció el idioma inglés desde muy niño. Utilizó, según su propia necesidad de expresión, la *katarévusa* (la lengua culta) y la *demotikí* (la lengua común). Por esto y por su homosexualismo, su poesía al principio fue marginada. Pero poco a poco, y por su propio homosexualismo, se levantó el interés. Poco a poco se fue descubriendo que su poesía era muy profunda y que en ella le había dado dimensiones generales a su drama personal. Cavafis ha influido hondamente en

la poesía griega moderna; no exterior, sino interiormente.

¿Y Iorgo Seferis?

Era un espíritu muy agudo. En sus inicios recibió la influencia de la poesía pura francesa: Mallarmé, Valéry. Pero su posterior encuentro y comunicación con la poesía inglesa, y en especial con la obra de T.S. Eliot —al que tradujo magníficamente al griego y del que escribió varios ensayos— dio a nuestra poesía un carácter apoyado en la tradición y la renovó al mismo tiempo. Sus ensayos sobre poetas griegos o sobre Eliot muestran un gran espíritu crítico. Su poesía es también *exacta*. No acepta ni lo superficial, ni lo exhuberante, ni lo grandioso. Es muy mesurada. No lo conocí a él personalmente.

¿Y Odisseas Elytis, cuya poesía parece hecha de aire, sol y mar?

Fue influido por el surrealismo francés, sobre todo por Paul Éluard, con el que tiene mayores afinidades. Pero en su poesía hay las sensaciones y el sentimiento griego: algo brillante, de una adolescencia deslumbrada por los milagros continuos de la naturaleza. En sus inicios escribió pequeños poemas líricos extraordinarios. En los años de la ocupación hizo su famoso poema *To axion estí (Es digno)*, donde empezó a interesarse por las cosas sociales. Su lenguaje es muy rico, y por eso, es difícilmente traducible. Pierde mucho. Como en el caso de Cavafis equilibra muy bien la *katarévusa* y la *demotikí*. De los libros de Elytis prefiero *Fotodendro (El árbol de la luz)*.

Elytis, contra su fama de orgulloso, es un hombre muy sencillo y modesto. Está ahora muy enfermo. Él es del 1911 y yo del 1909. Yo también me siento muy enfermo, viejo.

Hablando de otros poetas, con los que tiene coincidencias ideológicas, y que aparecen en sus poemas, ¿fue usted amigo de Neruda?

Nunca lo conocí. Una lástima. Le dediqué un amplio poema, que sé que llegó a sus manos. Hubo un congreso en Londres hace tiempo y los dos fuimos invitados. Eran los años de la dictadura de los

coroneles y se me prohibió viajar. Él dijo que había hecho ese viaje exclusivamente para encontrarse conmigo. También cuando recibió el premio Nobel declaró que había un poeta que merecía el premio más que él: Iannis Ritsos. Antes me había escrito y dedicado sus libros, pero yo nunca contesto cartas. No, no lo conocí personalmente. Al que sí vi muchas veces fue a Nazim Hikmet. Alguna vez incluso dimos juntos una entrevista para *Cultura*, una revista de Praga.

¿Y Louis Aragon?

Fue un gran amigo, un verdadero hermano, y le estoy muy reconocido. Él escribió mucho sobre mí y dijo alguna vez: "El mayor poeta del mundo se llama Iannis Ritsos". Él redactó el prólogo de una edición bilingüe en Gallimard. En alguna línea dijo que cuando leía la "Sonata claro de luna" sentía el golpe violento del genio.

Aragon viajó exclusivamente por mí cuando recibí el premio Lenin. A causa de la invasión rusa a Checoslovaquia, en el 68, él se había distanciado de los soviéticos. Él pertenecía al comité del premio Lenin, pero no había tomado parte en él por diez años. Fuimos juntos a Moscú, y allí aun insistió en que se me debía otorgar el premio Nobel.

Usted escribió un libro admirable, en la última estación poética, que se llama Testimonios. Por más de 50 años usted ha escrito poesía y ha visto el mundo. ¿Cómo ve en conjunto su obra poética?

Testimonios es tal vez el título que más conviene a mi poesía, porque toda mi poesía es testimonio del pasado, del presente y del porvenir. Hay una relación entre estas tres dimensiones. Pero yo escribí también un libro que se llama *Cuarta dimensión*, que es el más singular de mis libros. Un monólogo teatral con los temas de los mitos de la antigua Grecia.

Allí están Perséfone, Orestes, Ajax, Agamemnon, Crisótemis... Usted, creo, ha preferido del pasado griego, los tiempos homéricos y Bizancio.

Que en pequeños detalles dan toda la hondura de la leyenda.

¿Y por qué ir hasta Homero?

Ah, Homero... En Homero está la raíz de todo. ¿Cuánto de mí no viene de la fuente homérica? Pero pienso que el personaje que utilizo en mi poesía es el personaje eterno. Hay algo inmutable e intercambiable en todas las épocas históricas. Hay cambios en la sociedad, en la naturaleza y la técnica, pero hay cosas que permanecen inmutables.

En todas las razas y a través de todos los tiempos hay las mismas preocupaciones centrales. Por eso puede haber también la atracción múltiple de las razas: un negro y una blanca, un asiático y una latina.

¿Conoce algo de poesía latinoamericana?

Desdichadamente muy poco, pero lo que leí me interesó vivamente.

¿Y de México en especial?

No, nadie. Y es una lástima por la gran tradición histórica y cultural que tiene. Estuve en Cuba en 1962, pero había tal calor que no podía respirar. Me sofocaba. Estuve un mes. Me dijeron que en México hacía más calor que en Cuba.

Le tomaron el pelo. Hay gran variedad de climas y depende de la zona y la estación.

Quizá, pero ahora ya es tarde. Ahora sólo me queda el último viaje, que será en el navío de la muerte.

¿Está satisfecho con lo que hizo?

Sí, he sufrido mucho, aprendí mucho, encontré muchas cosas.

Recuerdo un poema de usted, "Hercules y nosotros", que no sólo es una visión de los campos de concentración por los que pasó (Makrónissos, Jaros, Leros), sino una metáfora de la vida.

"Nuestro único documento son tres palabras: Makrónissos, Jaros y Leros. /Y si encuentran torpes nuestros versos, /recuerden que han sido escritos /bajo los ojos del vigía y con la bayoneta en nuestro costado." ♦